

## *Sade, el “individuo aberrante”*

**Osman Daniel Choque Aliaga**

Especialista en Filosofía Contemporánea

Universidad de san Buenaventura

Bogotá

### **Resumen:**

El Marqués de Sade, o llamado con mucha razón el divino Marqués, se une al gran conjunto de pensadores, poetas, filósofos y escritores que han pensado la sexualidad de una manera bastante peculiar. Cabe pensar que esta forma peculiar podría ser considerada como una rotunda “crítica a la sexualidad de Occidente”. En ese sentido, es necesario plasmar la relación e importancia que Sade dio a su escritura. Una escritura con una intención puntual: la destrucción de sí misma, es decir, buscó siempre agotar la escritura por la misma escritura. En ese intento, Sade ha dado, a la vez, una importancia al cuerpo y la imaginación resaltando el placer que en ellos se funda, tema que hemos recogido en este trabajo. Finalmente hemos querido dar un esbozo acerca las posibles resonancias en el campo de la filosofía.

### **Palabras Claves:**

Escritura, Sexualidad, Placer, Cuerpo, Imaginación.

## Introducción

*“No me importa que un hombre sea Bueno o Malo; lo único que me importa es saber si es un Sabio o un Tonto”*

*William Blake*

En el último siglo se ha recordado, como lo dice Gorer (1969), la incapacidad de aceptar a Sade. En la historia de la filosofía han sido pocos los filósofos quienes tuvieron el atrevimiento, o quizá la valentía, de introducir el pensamiento de Sade en sus reflexiones y otorgar un primado al escritor francés. En efecto, existe un profundo vacío a la hora de hablar de Sade y esto no es fruto del desconocimiento sino ante todo de la total incompreensión de su pensamiento. La incapacidad no radica fundamentalmente en que no ha sido posible leerlo, sino en intentar elogiarlo y sobre todo de aceptarlo. Sade ha sido un voluptuoso y libertino, sin duda. Sade fue quien ha manifestado sus más íntimos y profundos caprichos sexuales. ¿Por qué tener miedo y escapar a lo que Sade refleja en su sexualidad, su voluptuosidad y su libertinaje? ¿Acaso esconde lo anterior un miedo que cuida nuestra sexualidad, es decir, nunca hablar de los caprichos sexuales que cada uno lleva dentro y siempre mantener ante quienes nos rodean una vida asexual? ¿Por qué preferimos, en ese sentido, vivir bajo la protección de castillos puritanos y no vivir en tiendas de campaña libertinas?

En primer lugar, nos detendremos en el uso que Sade dio a la escritura. Dentro de la producción que dio su pensamiento existen obras que se detienen con más ahínco en explotar la sexualidad a la manera de conjurar toda una suerte de experiencias, a diferencias de otras en donde la intención a lo anterior no es tan violenta. En ese sentido, nos detendremos en situar a partir de sus obras más monumentales su intento de plasmar, como dijimos, la crítica a Occidente. Sin embargo, ¿qué esconde la escritura de Sade? Esconde la extrapolación de lo corporal.

En segundo lugar, pasando de la escritura nos detendremos en analizar puntualmente el significado del cuerpo en Sade. En sus escritos, la apreciación y el valor del cuerpo tienen bastantes matices que van siempre en relación a una estética que cae, inevitablemente, en la destrucción de sí misma. Hablar del cuerpo sin una base conceptual nos ha parecido insuficiente. Por esa razón, el lector encontrará una referencia al filósofo Merleau-Ponty y su concepción del cuerpo. De manera que una relación entre la concepción del cuerpo de Merleau-Ponty y las reflexiones de Sade acerca el cuerpo podrán desembocar en cuestiones bastante interesantes.

En tercer lugar, desarrollaremos los elementos de la grandiosa imaginación que descubrimos en Sade. En ese sentido podemos hablar que la imaginación carece de realidad en cuanto que Sade nunca ha sido el personaje principal, el personaje que encarna todo cuanto escribe, y mucho menos el héroe quien lleva la tarea de concertar si dicha imaginación es posible materializarla. En la imaginación de Sade se encuentra el intento de la destrucción de sí, pues, todo lo imaginado es un signo de superación de sí mismo. Finalmente, nos detendremos en una revisión muy breve de lo que ahora se vislumbra en relación a la aceptación de Sade en el campo filosófico actual. ¿Es posible que Sade reciba mejor suerte?

### *Sade y la escritura*

*“Sí, soy libertino, lo reconozco; he concebido todo lo que se puede concebir al respecto, pero ciertamente no he hecho todo lo que he concebido ni lo haré jamás. Soy un libertino, pero no soy ni un criminal ni un asesino”*

*Sade*

La obra monumental de Sade es *Las 120 jornadas de Sodoma*. Para trazar el contenido fundamental de dicha obra vamos a utilizar el texto de su *Diario último* (1974):

*Cuatro libertinos se encierran en un alejado e inaccesible castillo para entregarse durante ciento veinte días a orgías sin fin. Para ello se han hecho acompañar de un serollo de muchachas, otro de muchachos, por ayudantes de todo tipo y por cuatro ‘narradores’ (...) Cada día, entre las seis y las diez, los cuatro libertinos se reunirán en la sala de las ‘historiadoras’, rodeados por las víctimas de su lujuria (...) Los señores escenificarán esas pasiones allí mismo, dando paso a la orgía. Desde un 1 de noviembre hasta un 28 de febrero, 600 pasiones serán explicadas por las ‘historiadoras’, a razón de 150 cada una”. (p. 23)*

Sade ha manifestado sus ideas a través de su escritura. Su escritura define la irrupción del caos, del desorden, la violencia, la muerte, las palpitations de su vida y sobre todo sus prácticas sexuales a un nivel admirable. Encontramos, de ese modo, en la escritura sadeana esa profunda y exorbitante manera de entender el placer. En efecto, Sade puede ser considerado como el pilar que fundamenta la inconformidad de una vida basada en una ética sexual, es decir, una vida rutinaria. Esa rutina, quizá, que lleva a un estado harto y aburrido

son consecuencias de una práctica sexual. A esto apunta la crítica de Sade hacia la sexualidad de Occidente en cuanto encierra y mitiga la imaginación.

La escritura de Sade tiene como objetivo ofrecer al hombre algo contrario a la ética sexual basada en las prácticas de la tradición de Occidente: “Sade no nos entrega la obra de un individuo liberado, nos hace participar de su esfuerzo por la liberación” (Beauvoir, 1964; p. 88). La escritura sadeana destroza lentamente las prácticas que sostiene la sexualidad Occidental. Al analizar e intentar comprender minuciosamente los relatos eróticos de Sade, encontramos las prácticas de un hombre sediento de lujuria. Ese ímpetu frente al placer que Sade busca, desde las prácticas más refinadas hasta las más desmesuradas, no es otra cosa que “el hecho de que, por haberse obstinado en sus singularidades, nos ayuda a definir el drama humano en su generalidad” (p. 11). Los escritos de Sade devuelven al hombre aquello que había perdido, es decir, lo fortuito de sus actos. Se trata también de una lucha que acarrea un desprecio en relación a la corporalidad; una escritura que intenta eliminar el cuerpo y su trascendencia. Sade se describe como un hombre indecente al acecho de lo sagrado y de una postura que pertenece, y debe permanecer, en lo profano. A pesar que para Bataille lo profano sea una manera de otra mística (Bataille, 1971).

Sade, por otro lado, no sólo ha producido un genio estilístico al momento de narrar las vidas y prácticas de sus personajes, sino que su escritura busca desterrar todo fundamento religioso y social. Álvarez dice: “Su pecado fue tener ideas en contra lo establecido. Una sociedad agradecida con los favores de la aristocracia y la jerarquía eclesiástica” (1972, p. 40). Parecería que Sade se habría propuesto desenmascarar la hipocresía de los hombres, esa hipocresía del hombre propiamente de Occidente. ¿En qué consiste esa hipocresía de la que Sade sólo quiere la ruina? Son dos cuestiones apremiantes que deben ser tomadas en cuenta. La primera, tratar de recordar al hombre que su búsqueda, desde el momento que inicie, terminará fallida un conocimiento sobre su voluptuosidad le será siempre impertinente y sobre todo, inalcanzable. Por ello, Sade busca enloquecer la mente de sus lectores. La segunda, un intento de plasmar a través de la escritura la incapacidad gnoseológica del hombre frente a sus deseos y llevarlo a sus consecuencias. No hay reparos frente a la muerte, y menos aún frente al valor de la vida. Como dijo Beauvoir: “Sade ha insistido cien veces sobre este punto: no es la desdicha del prójimo lo que exalta al libertino, es saberse el autor de ella” (2011, p. 132). No importa si el voluptuoso comete un incesto o un asesinato, eso es indiferente; lo que

importa es la consumación del deseo, y por ello, sólo hay un solo objetivo: la adquisición placentera al límite. Sade, en *La nueva Justin*, a partir de d'Esteral, relata esa adquisición placentera: “Nada era capaz de entreabrir sus almas: es esa desdichada la primera que sacrifica d'Esteral; la desvirga sin piedad: las dos rutas del placer son recorridas indistintamente por él” (2003, p. 466).

Por otra parte, una de las características en los personajes de Sade es la conciencia que poseen, pues todos son placeres amorfos: “Pero las pasiones poseen un grado de energía en el hombre que nada puede contenerlas: cuanto más se trata entonces de hacerles oír la voz de la razón, más reprime esa voz su perversidad” (Sade, 2003; p. 50). Amorfos en el sentido que es imposible conocer la forma definitivamente de sus actos. El placer busca encontrarse, sea por la eyaculación, sea por la sodomización, sea por el onanismo. Si el placer se consume, su voluptuosidad buscará otras maneras y formas para encontrar una satisfacción por segunda vez. Todo va, en ese sentido, en *crescendo*. Sade relata a partir de sus personajes la ira de quien sólo tiene un objetivo en la mente, la complacencia: en una ocasión son placeres visuales, pronto serán corporales, o a la inversa; éstos de la misma manera serán sustituidos por otras atrocidades.

El eterno momento de los actos se sitúa justamente en la plena insatisfacción. Sade nos introdujo en su máximo plan, pues, ninguno de sus personajes revela una noción de sí mismo. Es decir, que dada la consumación del deseo, al final sus personajes desconocen quiénes son y su identidad es borrada en sí misma.

*La Duclos llega, muy orgullosa de una preferencia tan notable. Se arregla hasta el codo y empuñando el enorme instrumento de Monseñor; empieza a sacudirlo, con la cabeza siempre descubierta, a menearlo con tal arte, a agitarlo con sacudidas tan rápidas y al mismo tiempo tan adecuadas al estado en que veía al paciente, que finalmente la bomba estalla (Sade, 2006; p. 60).*

Por esa razón podemos situar a Sade como el escritor que ha revelado la incapacidad del hombre al intentar definir la manera cómo su sexualidad puede ser satisfecha. De ello se desprende que, sin entrar en detalles ni en pormenores, nadie, pienso, ha llegado a constatar el límite de un determinado y puntual deseo. Si el deseo sexual reflejara una faceta, es imposible llegar a constatar qué acto, por decirlo de algún modo, definirá el concepto de lo que el hombre realmente es a partir de la materialización del deseo, para luego,

así, llegar a una idea de quiénes somos. Nunca será posible hallar un concepto antropológico ni menos noción alguna por medio del análisis de nuestra lujuria, lascivia, concupiscencia y de nuestra impudicia.

Lo que Sade percibe en el deseo lo trata de materializar por la escritura (Lagsa, 1974). Un tipo de materialización que lleva a sus lectores a mundos tenebrosos, fétidos y asesinos. El mundo atroz, sanguinario, feroz y cruel es el que Sade siempre busca. Tarea llevada a cabo a partir del arte de un buen escritor. Por eso es que le debemos tanto a Sade: “Es la escritura de Sade, pues, la que sostiene en definitiva a Sade completo” (Barthes, 1977; p. 35). Pero una cosa es la escritura de Sade y toda la violencia que de ella emana, y otra cosa es su vida. No podemos constatar que Sade se haya dado la tarea de unificar plenamente ambas, o tal vez suene mejor decir que él jamás ha puesto en práctica todo cuanto que de su escritura emana (Sade, 1971; pp. 11-55).

¿Cómo está estructurada la escritura de Sade? Gracias al trabajo de Barthes (1977) podemos organizar todo el estilo de Sade. Por ejemplo: sabemos que sus novelas pueden ser tomadas como viajeras, como la novela de *Juliette*, como también se sitúan en un castillo como *Las 120 jornadas*; también podemos conocer en qué consistía la gastronomía y la vestimenta de los libertinos. Barthes también relata la población sadeana: “repugnante en todos los sentidos si son viejos” (1977; p. 24). En fin, Sade es el maestro de la impudicia y la obscenidad; pero curiosamente con un orden perfecto en cuestiones prácticas del orden. Libertinos pero con una inclinación y dedicación en llevar su habitación limpia y ordenada. Gracias a Barthes es posible hablar de una taxonomía de las prácticas sadeanas (1977).

### ***Sade y el cuerpo***

*“Sólo me dirijo a aquellos capaces de entenderme; ellos me leerán sin peligro”.*

*Sade*

¿Qué encuentra Sade en lo corporal? El cuerpo tiene que ser un templo ardiente que deleite la vista de quienes inician el eterno deseo cuyo ardor halla su culmen en la complacencia. Sade siempre ha pensado que el cuerpo es la estatua que eleva el instinto placentero al paroxismo. Existe, en ese sentido, una arquitectónica de lo corporal. Siempre que Sade empieza un drama con lo corporal lo hace a partir de la descripción detallada del cuerpo. No son cuer-

pos carentes de estética. Es decir, cuerpos descritos a partir de una estética basada en descripciones con relación a lo robusto.

Encontramos en Sade, a contrapelo de una estética gruesa, rolliza, obesa y gorda, la tranquila descripción enjuta y delgada. Sade es el creador, de alguna manera, de esa pulcritud al describir lo corporal cuando evoca en sus escritos al cuerpo humano. Prefiere más lo que agrada a la vista fácilmente que el inicio de una estética compleja para la visión.

La estética sadeana desemboca, a partir de lo anterior, en un horizonte distinto de manera que, dicho esplendor quiere notarse a partir de los cuerpos finamente esculpidos; constantemente raya en dirección hacia una estética perfecta. “Aquella misma muchacha nos dio poco después el espectáculo de una fantasía por lo menos tan sucia; un gordo monje que la pagaba muy bien se colocó a horcajadas sobre su vientre” (Sade, 2006; p. 81). Todas las descripciones que Sade hace de los cuerpos reflejan una perfección que tiene como modelo las grandes ninfas, las doncellas y las reinas. Nada en la descripción del cuerpo en Sade puede ser considerado como improvisado. Si los cuerpos de las víctimas son perfectos, pronto serán éstos el punto clave que iniciará la lascivia en todos los concurrentes, terminando así, como nos lo describe en *Las 120 jornadas*, en el sacrificio. El cuerpo es estético, puro y siempre de atracción sexual (Álvarez, 1972). Sin embargo, Sade presenta la formación corporal de sus personajes inclinándose hacia lo corporal perfecto. Pero no es solamente su única forma. Otros personajes de las narraciones de Sade manifiestan una corporalidad fea, pútrida, repugnante y nauseabunda. Las prostitutas que Sade describe reflejan esa forma corporal difícil de imaginar, con toda razón, en la existencia humana. La fetidez de ellas también tienen un espacio en el pensamiento de Sade.

Sade, aunque con algunos atributos a su favor, todavía se encuentra preso de estas prácticas sexuales Occidentales. El machismo sadeano es muy frecuente. Los hombres siempre son quienes buscan ese placer ciegamente. Rara vez se halla un determinado hecho donde la mujer alcance ese estado. Sade vuelve, o tal vez olvida ello, a reproducir la sexualidad machista. Se ha dicho que Sade debe mucho a *La Mettrie* (Gorer, 1969) para sus cuestiones teóricas en relación al cuerpo. No nos detendremos en ello prácticamente. La filosofía del cuerpo ha tenido un representante significativo, a nuestro juicio, en Merleau-Ponty, de quién utilizaremos algunos elementos para revalorizar dicho tema. ¿Qué es el cuerpo para Merleau-Ponty? Para responder esta cuestión el filósofo francés ha dedicado y centrado su investigación en su obra *Fe-*

*nomenología de la percepción*. De ahí que encontremos un primer principio irrenunciable que ayudará a sustentar la filosofía de Sade: lo que percibimos lo hacemos “a través del cuerpo” (1993, p. 90).

Lo que se pretende desarrollar a continuación serán las nociones de cuerpo y de objeto bajo la preocupación de saber cómo se «relacionan». Desarrollaremos la noción de organismo, ya siendo este un primer momento de puente entre mi cuerpo y el objeto. Hemos de afirmar, pues, que la tarea de Merleau-Ponty ha sido separar una tradicional manera de estudiar dicha relación, es decir, se ha pensado que dos son los polos única y exclusivamente: el sujeto y el objeto, mi cuerpo y lo otro que se relaciona conmigo, el “en sí” y el “para sí”. Veremos, como segundo momento, que Merleau-Ponty propone que la percepción nunca entrará en ese juego dualista sino que se fundamenta en un epicentro donde hace la tarea de un conjunto que agrupa a ambas nociones. Ese espacio es lo que él llama fenomenología de la percepción (VV. AA, 1999).

Lo que Merleau-Ponty quiere es desarrollar y explicar qué es el cuerpo y cuáles son las consecuencias que se dan entre la relación del cuerpo con el mundo. El cuerpo es el medio de acercarnos al mundo, donde el «ser del mundo» es mi mismo cuerpo, razón por la que se llega a la afirmación que “mi cuerpo es el quicio del mundo”. ¿Qué es entonces en definitiva el cuerpo? “El cuerpo no es un objeto: nunca está distante, nunca del todo presente para el que lo habita” (Descombes, 1982; p. 90). El cuerpo nunca está alejado del cuerpo, aunque esto suene a una tautología. La esencia de la percepción es que conjuga en un «sólo golpe» la mente, función que asume la percepción, y el objeto, a la cual va la percepción.

Pero el autor aún sigue demarcando espacios acerca del cuerpo: “¿No es mi cuerpo, exactamente como los cuerpos exteriores, un objeto que actúa sobre unos receptores y da, finalmente, lugar a la consciencia del cuerpo?” (Merleau-Ponty, 1993; pp. 94-95). Si bien las variables que han constituido hasta ahora el tema son el cuerpo receptor y el objeto que quiere ser percibido, una invariable muy singular es este “espacio sin nombre”. Con Merleau-Ponty hemos abierto el sendero hacia la valoración filosófica corporal, y pensar a Sade a partir de estas implicaciones revitalizaría la vida corporal en lugar de condenarla como regularmente estamos inclinados a hacer.

## *Sade y la imaginación*

*“La situación moral de Sade, muy diferente de la de sus héroes, conoció estados de desenfrenos y de éxtasis que le parecieron llenos de sentido con respecto a las posibilidades comunes. Pero nunca consideró que podía o debía separar de la vida estos peligrosos estados, a los que le conducían los deseos invencibles. En vez de olvidarlos, como suele hacerse, se atrevió en sus momentos normales a mirarlos cara a cara y se planteó la cuestión abismal que en realidad les plantean a todos los hombres”.*

*G. Bataille*

¿Qué provoca leer a Sade? La escritura es destructora. La lectura lo es peor aún y terminamos envenenando la imaginación. La imaginación encuentra sosiego, pasando desde las escenas más conmovedoras hasta sus antípodas, toda la escritura va desencadenando un objetivo: acabar con todo espacio en donde la imaginación una vez aprisionada pueda volver a refugiarse. La imaginación en Sade es un elemento capital en la medida en que nunca Sade ha sido, tal vez, el protagonista de sus orgías: “De ahí la relación entre la actualización, por la escritura, de lo sensible en un acto, y la ejecución del acto, independiente de su descripción” (Klossowski, 1970; p. 12).

La imaginación, en su rol de creadora, ha servido a un sin fin de hechos y prácticas, todas ellas creativas y enriquecedoras a la humanidad. Podría seguir apostando la humanidad que la imaginación podrá llevarle a otros terrenos desconocidos, y también a expandir su creatividad. Sade es el intento pormenorizado de acabar con la imaginación: y esto es ¡sorprendente! ¿Será que es posible aún relatar un segundo tomo de *Las 120 jornadas de Sodoma*? Pensamos que resultaría imposible. La lectura de los escritos de Sade ha buscado sobre todo deleitar al lector lo placentero que resultaría ver poco a poco la caída de la imaginación.

Su imaginación describe las matanzas, los ciclópeos asesinatos, la impiedad en su mayor esplendor, la porquería en su vivacidad y soberbia. En fin, es el intento de la aplicación de la propia imaginación. La imaginación de Sade no se controla ni se fija, se da, fácil y sencillamente, en el devenir de su prosa. El Duque de Blangis, dice: “Yo me excitaba con el robo, el asesinato, el incendio, y estoy perfectamente seguro de que no es el objeto del libertinaje lo que nos anima, sino la idea del mal” (Sade, 1998; p. 96-97). La imaginación no puede supeditarse; tiene que ir también por encima del crimen: “si no se conoce todo no se ha conocido nada” (p. 28).

En la afirmación de sí mismo no pueden hallarse excusas. Se encuentra plenamente el horizonte al cual cada uno debe caminar. La diametralidad entre un punto de inicio y el objetivo resultaría siendo la afirmación de sí mismo, no puede hallarse a base de perplejidades por el miedo de avanzar. Es conocido, en este sentido, que Sade fue arrestado, que vivió por mucho tiempo en la cárcel. En su *Historia de mi detención*, escrita en 1782, cuenta lo siguiente: “Fui detenido en el hotel danemark rue Jacob el 13 de febrero de 1777 y conducido a Vincennes la misma noche el 15 por la mañana me pusieron en el n°11 donde permanecí hasta el 14 de junio por la noche del año siguiente o sea dieciséis meses juntos” (Sade, 1975; p. 31). Luego de un largo tiempo le fue devuelta la libertad, pero volvió a la cárcel, trasladado finalmente a la Bastilla, cárcel que será testigo de sus obras monumentales.

A partir de lo dicho de su experiencia en la cárcel, se desprende que los hechos vividos en la soledad y en la pena, productos del encierro, fueron las causantes determinantes de su hostilidad, tal vez, y de su forma violenta de escribir, el llamado tema de la transgresión. Sade, en una carta a su esposa, su confidente, le dice:

*Hoy, al cabo de dos años de soportar esta terrible situación, agrego y certifico que me encuentro mil veces peor que al entrar aquí (...), mi sangre mil veces más ardiente (...), en una palabra, en cuanto salga de aquí ¡tendré que irme a vivir a un bosque porque me será imposible vivir entre los hombres, debido al estado en que me hallo! (Sade, 1975; pp. 66-67).*

Pero no podemos echar la culpa a este sitio y lo que produjo en él. Bataille, afirma la soledad de Sade como el cumplimiento “de la promesa hecha para sí mismo” (Sade, 1998; p. 25). Sade continúa manteniendo esa voluntad de sí mismo:

*Tengo la fatalidad de haber recibido del cielo un alma firme, que nunca ha podido doblegarse, ni se doblegará jamás. No tengo el menor miedo de exasperar a quienquiera que sea. Me dais demasiadas pruebas de que mi condena está fijada, para que abrigue alguna duda al respecto (Sade, 1975; p. 115).*

¿Qué pensaba Sade de sí mismo? Sade tenía el espíritu de niño y, como tal, necesitaba de cariño. Sus cartas a su esposa y a su amiga reflejan esa candidez: les pide que no le dejen solo, que le manden libros, les pide atención.

Como también lo pensó Gaitán “Al principio, en cartas que dirige a su esposa desde la prisión, intenta despertar piedad, alegra con astucia su inocencia o se enfurece y vitupera a los presuntos autores de su desgracia” (1960, p. 16). No estamos ante un monstruo que ha llevado en toda su vida la voluptuosidad. Decía, Sade, de sí mismo: “¡Encarcelar a alguien durante cuatro o cinco años por una juerga con unas cuantas muchachas, cuando en París se hacen ochenta semejantes todos los días!” (Sade, 1975; p. 119). Y prosigue: “Por consiguiente, no soy culpable más que de simple y puro libertinaje, tal como lo practican todos los hombres, en mayor o menor grado según sea su temperamento o la inclinación hacia ello que pueden haber recibido de la naturaleza” (p. 128). La sinceridad, a partir de lo anterior, como una de las mejores características del hombre ético. Por otro lado, Sade tendría una fuerte preocupación ética en sus escritos, como lo dice Alonso, “justamente el problema más hondo, subyacente en toda la obra de Sade, es su exclusiva preocupación por el problema del bien, del mal” (Sade, 1971; p. 74).

### *Sade y la filosofía*

*“Tanto peor para aquellos que condenen esta obra, y que no comprendan el espíritu en el que ha sido escrita: esclavos del prejuicio y de la costumbre, estos seres demuestran estar movidos por la opinión y la antorcha de la filosofía nunca los iluminará”.*

*Aline y Valcour*

¿Por qué es tan difícil aceptar a Sade? La filosofía, fundamentalmente, creemos, debería partir de un principio: la reflexión a partir del cuerpo en todas sus expresiones e implicaciones. La filosofía de Sade no es más que otro intento de partir del principio que todos tenemos un deseo: somos seres “de-seantes”. Este deseo nace del placer que se adquiere principalmente de las prácticas sexuales. El deseo, en este sentido, es del hombre y en cuya álgida manifestación está la plenitud de la eyaculación. Los hombres descritos en las obras de Sade se vuelven mascotas tiernas cuando éstos han terminado de eyacular; el placer, luego de la eyaculación, los deja tiernamente dormidos; aquella bestialidad que se iba manifestando en las sesiones, antes y después de ser hechas, en toda su monstruosidad se desvanece en la lúgubre ternura de un ser desalmado y solo.

En la filosofía de Sade no hay otro tema fundamental que este: el intento de saciar el deseo insatisfecho. La grandeza de Sade no se fundamenta originalmente, y ya lo demostraremos, en el inicio o el descubrimiento de ese oscuro y alegre lado o inquietud acerca del deseo. No es ello. En Sade encontramos totalmente al hombre que cargó sin excusas, ni remiendos, ni palabrería romántica, con la totalidad de su vida. Sade es el hombre más sincero que puede haber. Si le gustaba el sexo, no hubo hipocresía en él. ¿En qué sentido no hubo hipocresía? Porque Sade no adornó su sexualidad con ningún remedio; desde los medicamentos con tintes más sociales o tintes más cristianos. Heine, su más fiel intérprete, dice:

*Téngase presente que Sade es un absoluto y que su vacila en llegar hasta el fin de su pensamiento, hasta el extremo límite de sus consecuencias lógicas... y esta incommovible firmeza de su orgullo es seguramente lo que menos se le ha perdonado* (Sade, 1964; pp. 16-17).

Vemos en Sade al enfermo sexual y libertino: pero qué culpa puede hallarse en él, sino tan solo el valor, que lo hace grande, y la sinceridad con que asumió su vida plenamente. ¿No somos nosotros todo lo contrario a Sade, nosotros quienes escondemos nuestros verdaderos deseos, siendo ocultados éstos en discursos cristianos o de tono decoroso que pueda acoplarse sin riesgos, ni problemas, ni calamidades, en la sociedad? Gaitán en este sentido, se refiere a lo siguiente:

*Sade (...) fue sincero consigo mismo, lo cual equivale a serlo con la posteridad (...) Sabía que sus contemporáneos eran extraños, que podían ser atroces; pero observaba que la normalidad está definida por leyes y costumbres, las cuales representan convenciones que varían según el país y la época* (1960, p. 17).

Actualmente no encontramos el terreno filosófico totalmente desierto. Si no aceptamos con sinceridad el placer ni el deseo, ¿por qué no aceptar honestamente el estómago? Con la destreza de un pensador que tiene puesta la mirada en la reflexión hedonista se presenta el libro de Michel Onfray *El vientre de los filósofos* (1999). Esta obra llega a situarse en el futuro manual de las comidas. Un manual que ha tenido su historia particular en el campo de la filosofía. Iniciándose en Diógenes, pasando por Rousseau, Kant, Fourier, Nietzsche, Marinetti, y terminando en Sade. Gracias a Onfray, podemos hacer una comparación con esa mirada, esa casuística de Sade a la hora de elaborar los banquetes:

*Introducir una gota de perfume en vejigas coloreadas muy delgadas, que se inflarán y se calentarán de modo que el perfume se convierta en vapor y el envoltorio se hinche. Servir con el café, en platillos calientes, cuidando que los perfumes sean variados. Se acerca un cigarrillo encendido a la vejiga y se aspira el perfume que sale de allí". (1999, p. 88)*

Toda la trama se resume en un cuidado del placer. En el ahondamiento del hedonismo. Este se encuentra tan cerca a Sade. ¿Sería eso cierto? ¿Onfray sería ese puente que nos comunicaría a Sade?

La puerta de la dietética filosófica que creíamos cerrada se abre ante nuestra mirada. Démosle, primeramente, placer al estómago. Y no era menos de esperar que Onfray citara en las últimas páginas de su obra la presencia de Sade:

*Para el erotómano, la alimentación está, como todo lo demás, sometida al sexo: repara o prepara el gasto de energía sexual. Contrariamente a los místicos que invitan a la privación, el libertino incita al exceso: fiestas, orgías y celebraciones culinarias van de la mano. Cada momento iniciático sexual se conmemora en forma alimentaria. La religión sadiana de lo digestivo celebra los dos extremos de la dialéctica: ingestión/defecación. La gastronomía teórica del marqués sacraliza el excremento: es el momento teleológico de la nutrición. (1999; p. 108)*

No se trató de escritos rodeos antojadizos acerca el placer. La intensidad profunda de este escrito fue hablar por él, y llevarlo ante el tribunal filosófico, donde los filósofos puedan dejarlo hablar. Cada uno, particularmente, siente las atracciones hacia el erotismo que en ocasiones puede recibir de él beneficios, y también, la muerte: “¡Oh, Valcour! ¿Seguirán los cielos conspirando contra nosotros?... Derriban las puertas, las ventanas se erizan de bayonetas... las mujeres se desmayan... ¡Adiós, adiós, desdichado amigo!... ¡Ah! ¿Es que solamente voy a tener que contarte desgracias?” (Sade, 1976; p. 148).

## Conclusión

Quien diga, por sus diversas razones, que leer a Sade es de lo más perverso y desquiciado que existe, es realmente la definición menos exacta y, sobre todo, la más cargada de supuesta hipocresía. ¿Quién podría afirmar con plena sinceridad lo que su deseo, a partir de su sexualidad, es capaz de hacer y de

practicar? Los contestatarios en contra a la pregunta anterior reclamando que sí lo saben y tienen el dominio y el conocimiento de lo que su cuerpo lícitamente es capaz de hacer, no saben lo que dicen. Y es que realmente no se conocen. Nadie sabe lo que es capaz de hacer cuando el cuerpo se encuentra al servicio del placer y de la sexualidad. Klossowski piensa que: “la perseverancia de Sade, durante toda su vida, en no estudiar sino las formas perversas de la naturaleza humana” (1970; p. 52). Puede que en todos viva una sombra oculta, quizá sea ésta sea onanista, o su gusto duerma plácidamente en prácticas sodomitas que nunca tuvieron la experiencia de practicar; y su placer, por lo cual, aún no supo saberse complacido.

Por eso es necesario valorar el esfuerzo de Sade en la medida en que ha querido criticar una forma de sexualidad que, como bien se sabe, radica en la ética sexual de un determinado mundo geográfico. Somos testigos de los grandes cambios que se nos avecinan en especial a temas que tienen que ver con la libertad. Sade es ese intento de libertad y sobre todo de ahondamiento antropológico, donde sólo se ha querido buscar y conocer al hombre.

## Referencias Bibliográficas

- Barthes, R. (1977). *Sade, Loyola, Fourier*. Caracas: Monte Ávila.
- Bataille, G. (1971). *La literatura y el mal*. Madrid: Taurus.
- Beauvoir, S. (1964). *El Marqués de Sade*. Buenos Aires: Siglo Veinte.
- Descombes. V. (1982). *Lo mismo y lo otro. Cuarenta y cinco años de filosofía francesa. (1933-1978)*. Madrid: Cátedra.
- Gaitán, J. (1960). *Sade. Textos escogidos y precedidos de un ensayo. El libertino y la revolución*. Bogotá: Mito.
- Gorer, G. (1969). *Vida e ideas del Marqués de Sade*. Buenos Aires: La Pleyade.
- Klossowski, P. (1970). *Sade, mi prójimo*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Lasaga, L. (1974). “Introducción”. En Sade, D. A. F. *Diario último*. Madrid: Felmar.
- Merleau-Ponty, M. (1993). *Fenomenología de la percepción*. Buenos Aires: Planeta.
- Onfray, M. (1999). *El vientre de los filósofos*. Crítica a la razón dietética. Buenos Aires: Libros Perfil S.A.
- Sade, D. A. F. (1964). *Diálogo entre un sacerdote y un moribundo*. Buenos Aires: Insurrexit.
- \_\_\_\_\_ (1971). *Diario inédito*. Buenos Aires: Zlotopioro.
- \_\_\_\_\_ (1974). *Diario último*. Madrid: Felmar.
- \_\_\_\_\_ (1975). *Correspondencia*. Barcelona: Anagrama.
- \_\_\_\_\_ (1976). *Aline y Valcour*. Madrid: Fundamentos.
- \_\_\_\_\_ (1998). *Juliette*. Madrid: C. S. Ediciones.
- \_\_\_\_\_ (2003). *La Nueva Justine o las desgracias de la virtud. Seguido de la historia de Juliette, su hermana*. Madrid: Valdemar.
- \_\_\_\_\_ (2006). *Las 120 Jornadas de Sodoma*. Madrid: Valdemar.
- VV, AA, (1999). *La filosofía en el siglo XX*. Madrid: Siglo XXI.